



Recordando a Gabriela

Fue una tarde estival del año 1925 cuando conocí a Gabriela Mistral, en Santiago. Fue llevada a su presencia por su sobrina Graciela Barraza Molina, con quien tenía una fraterna amistad, iniciada en La Serena. Ella me había hablado mucho de su famosa tía; su abuela Petita y Emelina, su madre, directora de una escuela de La Serena; me consideraban como de la familia.

Nunca olvidaré aquel instante cuando llegué a su presencia. Fue tan grande mi emoción que tuve el impulso de besarle el vestido o caer de rodillas. Era yo entonces estudiante universitaria y recitaba con fervor su famoso "Ruego y sus Sonetos" al suicida, conque fuera premiada en 1914, en los Juegos Florales de Santiago.

Gabriela venía llegando de Europa, después de haber vivido en México, alfabetizando indígenas en los pueblos rurales, acompañada, asistida siempre por esa otra mujer excepcional que fuera la escultora Laurita Rodig.

Pasaron los años, su fulgurante nombre fue repetido con entusiasta admiración en este Continente y en la milenaria Europa. Allí vivió modestamente en pequeñas ciudades o en barrios alejados del ajetreo de las grandes capitales, como París y Madrid, más, donde fuera, iba con ella el murmullo del río Elqui, el trueno de la tempestad andina, el silbido del viento en los desfiladeros (muñequilla de los valles, como ella dice); el dulzor del higo morado, los rostros campesinos de la Castro Reinas.

La última guerra la empujó a su América, y Brasil la recibió como diplomática y relevante intelectual. Ahí en ese exuberante y hermosísimo país, en la Imperial Petrópolis, vivió los días más amargos de su vida, como también fue ahí donde supo de la corona para ella, la única Reina de Montegrande, que tuvo reino de verdad.

Era demasiado tarde tal noble galardón, que le dejara Alfredo Nobel. Había muerto su único sobrino chileno-catalán con quien celebrar tan gloriosa distinción. También ya no existían sus amigos Zueig, muertos, como su sobrino, por sus propias manos, entre los años 1942 al 43.

Llegó a Suecia a recibir el Premio, sola, huérfana de afectos familiares, acompañada el por su Patria, en la persona del señor Ministro, don Enrique Gajardo Villarroel; acariciada por los colores de su bandera.

Rindió homenaje allí a la gran Selma Lagerlöf, premiada, como ella, con el lauro de la Academia Sueca. Deshojó pétalos sobre su tumba y pisó reverente el suelo de Marbacka, donde naciera la autora de Nils Holgerson.

Y otra vez Francia, la capital del mundo, Nápoles, la costa azul con Rapallo y Niza. De ahí viajó a América, donde habría de morir.

Y la vimos por última vez, en 1934, cuando al bajarse del auto en esta hostería, fui la primera en abrazarla y escuchar sus palabras, grabadas en mi alma: "Tú eres la única que me queda en esta vida."

La acompañé hasta Montegrande y al regreso fue el último abrazo.

En sus cartas me hablaba de Chile y sus gentes, pedía datos de plantas y animales autóctonos. La obsesionaba la reforma agraria y el niño. Los niños de su Páuca, de su Montegrande inolvidable, eran su tacerán e preocupación, con sus pies descalzos y bocas pediguernas.

Desde California hizo envíos de zapatos y trajes para los escolares de aquel pueblo, y, en su testamento, no los olvidó, donandoles sus derechos de autor, de lo que se publicara acá en el Sur de América.

Su fe religiosa era un sentimiento muy suyo: Creta en el más allá, en Buda y Jesucristo. San Francisco era su guía y a él lo dejó como su albacea, en la benemérita Orden Franciscana.

En una de sus cartas, desde Monrovia, el 14 de abril de 1947, me decía: "Mi sentido de la muerte es muy otro del normal de nuestra gente. A mí me ha costado mucho vencer dentro de mí a la muerte física, es decir, la imagen morbida de eso y cuanto ella contiene. Creo que la he vencido no hace más de un año, después de dos años de sangreamiento interior por Juan Miguel. Ahora yo rezo a Amelina y Yin juntamente, a ambos, los invoco y creo que ambos llegan. Y aunque no la vivo como muerta, les pido rezar conmigo, según reza él desde hace mucho. Yo he perdido el apgo natural a la vida y creo que más sirvo para la otra que para esta. Ella como Yin, me ayudará a la faena que me quede aquí abajo."

Cuando nos visitó en 1934 nos dejó estos consejos: "Al niño no se le reprenda por sus locuras, por nada de lo que llamamos absurdo."

"El niño es algo aparte. Su sensibilidad es todo, es algo muy grande y muy respetable. La sensibilidad es algo tan fino como el alma y se confunde con ella."

Y sabiendo de cerca, en plena guerra mundial, lo que era la xenofobia, nos dijo y encargó: "Nuestra humanidad es tan hermosa, elquinos, como nuestra tierra, frutal y florida. Que nunca veamos aparecer aquí la xenofobia, ni la guerra civil de otros pueblos. El hecho, peor que puede pasar en una escuela es el suicidio de un niño."

Recordaba, sin duda, con estas palabras, a su amado sobrino Yin-Yin, que se quitó la vida allá en Petrópolis en 1943.

Ahora, yace en la privilegiada colina de Montegrande, a donde llegan, día a día, chileno, y extranjeros; poetas y artesanos, a depositar un homenaje de admiración cariñosa a la mujer sin tiempo en el recuerdo.

Hoy se cumplen 86 años de su nacimiento, aquí en Vicuña, en un lugar de este solar, y aquí estamos con los cornosones y las almas entrelazadas, recordando aquel día en que nuestro sol abrigó aquel montoncito de carne rosa en el regazo blando de su linda madre.

Isolina Barraza de Estay
Vicuña, 7 de abril de 1975.

Recordando a Gabriela [artículo] Isolina Barraza de Estay.

Libros y documentos

AUTORÍA

Barraza de Estay, Isolina

FECHA DE PUBLICACIÓN

1975

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Recordando a Gabriela [artículo] Isolina Barraza de Estay.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile